

colección rúbrica



JULIA DE CASTRO ÁLVAREZ



LA ESTUPIDEZ DE CREERSE
A SALVO

esstudio
ediciones

Codicia

(Cuando no hay alternativas)

«Codiciamos lo que vemos cada día».

El silencio de los inocentes - HANNIBAL LECTER

Iván, como tantos otros, empezó a codiciar lo que veía con pocos años, tal vez diez o doce. De camino al colegio, que nunca le atrajo demasiado, veía a muchachos poco mayores que él trapicheando por el barrio. Vendían tabaco de contrabando o algo de hachís y con eso se sacaban unos euros para sus caprichos, que en casa de la mayoría de ellos, no había para muchos lujos.

Su padre, a duras penas saca a la familia adelante entre el subsidio de desempleo y algún trabajo que va saliendo en el Peñón. Aquí, donde una de cada tres personas está en el paro, quien más y quien menos, tiene que pasar cada día al otro lado para sobrevivir si no se quiere terminar en el mayor negocio de la zona. Por eso, unos diez mil linenses enfilan el camino a Gibraltar todos los días y lejos de mejorar el panorama, ahora se

cierne sobre ellos la sombra de eso que han dado en llamar *Brexit*; cada vez hay más miedo porque nadie sabe qué va a pasar con su trabajo con la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea.

El muchacho empezó a faltar a clase siempre que podía esquivar a su madre, que sospechaba y se empeñaba en acompañarlo cada mañana hasta la puerta de la escuela. Pronto ni la vigilancia de la mujer pudo detenerlo y antes de que ella llegara a casa de nuevo, él ya estaba vagabundeando por las calles y las plazas del pueblo.

No le resultó muy difícil entrar en el negocio, trapi-cheando a cambio de unos eurillos que se gastaba en zapatillas o camisetas de marca escondía al llegar a casa para no tener que dar explicaciones sobre su procedencia. Sus padres, que bien sabían dónde se conseguía el dinero fácil en la zona, estaban empeñados en que estudiara, se proponían hacer lo que fuera necesario para que Iván llegara allí donde ellos no habían podido llegar, pero el muchacho tenía sus propias expectativas de futuro y en ningún caso pasaban por los libros.

Cuando terminó la enseñanza obligatoria ya había decidido que, una vez metida la cabeza en el negocio, no tenía que preocuparse de nada más y dejó muy claro en casa, donde ya se habían hecho a la idea de que el hijo no iba a ir a la universidad, que tampoco iba a perder su tiempo estudiando una formación profesional para obtener un título de fontanero, electricista o camarero. Eso no era para él, había ocupaciones mucho más productivas y no

era necesario asistir a ningún instituto para aprenderlas. Lo único que había que hacer era salir a las calles, en ellas se aprendía todo lo que necesitaba saber.

Ya antes de los dieciocho tiene «trabajo estable», sin horarios fijos. Ya sea por la mañana o por la noche se sitúa en alguno de los bares de la playa con su teléfono móvil y el pinganillo en la oreja, mirando a través de sus caras gafas de sol en todas direcciones. Lo único que tiene que hacer es vigilar que no se le escape ningún detalle de los movimientos de las patrullas policiales por la zona. De la información que transmita depende la seguridad del desembarco. A simple vista no parece gran cosa, pero si se tiene en cuenta que cada día seis o siete narcolanchas tocan la playa con su mercancía, se puede uno hacer una idea de que Iván ha metido la cabeza en un negocio muy lucrativo.

Al principio, el trapicheo le permitía algunos caprichos y andar siempre con unos eurillos en el bolsillo, lo suficiente para presumir ante los *pringaos* de los compañeros de clase que se esfuerzan por llegar a la universidad, y ligar con facilidad con las chicas. Ha comprobado que atrae más el dinero que unos bonitos ojos verdes o un cuerpo de gimnasio, pero con el tiempo, al muchacho se le despiertan nuevas necesidades; no va a vivir toda la vida de sus padres y le ha echado el ojo a una moto *Yamaha* con la que pasearse delante de los vecinos y marchar a las bellas playas de Tarifa a hacer *kitesurf*. Esa es la vida que quiere y no es fácil poder mantenerla con un trabajo de miseria.

En el negocio se asciende sobre todo por *huevos* e Iván los tiene de sobra y también una ambición desmedida por llegar lo más lejos posible, por tocar con sus dedos los fajos de billetes que el narcotráfico mueve en esta línea fronteriza del sur. Para llegar al siguiente escalón tampoco necesita ningún título universitario, aunque sí unos nervios de acero, que no te juegas lo mismo de vigilancia en la playa que descargando los fardos de droga que llegan del otro lado de esa línea de agua de poco más de catorce kilómetros y unos novecientos metros de profundidad, en la que en los días más claros se divisa la tierra de Marruecos y en los brumosos, el cielo y el mar se confunden en un horizonte gris.

En su anterior cometido se corría menos riesgos. Muchas veces se había topado Iván con la Guardia Civil o la Policía Nacional en su empeño por sacar información a base de hacer algunas preguntas y nunca se había asustado por ello. Eso no iba a ninguna parte. No le preocupaba porque él solo paseaba o se tomaba unas cervezas mirando al mar, poco podían sacar de ahí.

Esto de ahora es diferente. Espera escondido en la playa que llegue la lancha cargada con tres mil kilos de mercancía, tan valiosa como el oro, con el corazón a mil, el estómago encogido y el vello de todo el cuerpo erizado, mientras aprieta los puños y los dientes.

En cuanto la lancha toca la arena, los fardos pasan a los todoterrenos de alta gama, posiblemente robados, en apenas cuatro minutos. En ese tiempo cualquier cosa

puede ocurrir y una redada policial pondría a Iván y a sus compañeros en serios aprietos. Muchos aquí, han pasado por la cárcel en algún momento de su vida, pero él lo tiene muy claro, el que algo quiere algo le cuesta y la recompensa bien lo merece, por una de esas rápidas descargas, el muchacho puede llevarse de dos a tres mil euros, con esto puede pensar en otro tipo de vida, sobre todo después de la última bronca con sus padres, que no podían soportar ver cómo la lacra del tráfico de drogas se iba tragando a Iván. Ellos conocen lo difícil que es salir de esa espiral, son pocas las opciones: la cárcel o algo peor es lo que los muchachos como su hijo, que se dejan tentar por los cantos de sirena que resuenan en el Estrecho, pueden esperar.

Los padres no son tontos, saben perfectamente que el chico se ha engolosinado con el dinero fácil y la vida de lujos que ve en los que le rodean y que ya saborea él mismo. Le ruegan, le gritan, le amenazan, cualquier método es bueno para intentar devolverle la cordura, pero nada surte efecto ante el brillo del oro que Iván tiene ante sus ojos. La madre lo intenta razonando y apelando a sus sentimientos:

—¿No te das cuenta de que lo que haces además de un delito es indigno? Sabes perfectamente lo que supone la droga, la cantidad de jóvenes que han dejado su vida por el camino; familias destrozadas con hijos en la cárcel, tirados por las cunetas o muertos. Con lo que haces te conviertes en cómplice, en asesino en la

distancia. No puedes mirar para otro lado, abre los ojos y deja de pensar solo en ti —le recrimina con lágrimas en los ojos.

—No vayas por ahí, ni se te ocurra. Yo no obligo a nadie a meterse droga en el cuerpo, lo hacen porque quieren, ellos sabrán. Yo no me drogo, no estoy tan loco. Sé que, jugando con fuego, tarde o temprano acabas quemándote, si otros quieren hacerlo no es mi problema. ¿Crees acaso que si yo no estuviera en esto dejaría de haber drogas por las calles? Pues no, entérate bien. Si no soy yo, habrá otros cincuenta que lo hagan, lo único que cambiaría es que yo estaría muerto de asco en la cola de paro. No, ni hablar, no vuelvas a intentar chantajearme con eso —contesta el muchacho hecho una furia.

—¿Y vas a vivir toda la vida así, vas a formar una familia de esta forma?, ¿qué les dirás a tus hijos cuando te pregunten en qué trabajas? —contrataca la madre.

—No pienso ahora en familia ni en hijos y si llegan, van a tener de sobra para vivir muy bien, sin carecer de nada, con eso tendrá que ser suficiente para ellos y sin hacer preguntas.

—Todo te parece fácil y sencillo, te has hecho una idea en la cabeza de lo que es la vida y no te das cuenta de que eso no existe y no va a salir bien. Y Marga, ¿qué opina ella de lo que haces? —la mujer sabe que da donde más duele.

—Ya no estoy con Marga y por tanto poco importa lo que ella piense ni lo que penséis ninguno de vosotros.

Ya veo que no os hace ninguna gracia tenerme en casa. Para vosotros soy unapestado, pero eso está solucionado, dentro de unos días me marchó, ya no os daré más problemas. Vivid vuestra vida como mejor os parezca que lo mismo haré yo con la mía —da por finalizada la discusión con un fuerte portazo al salir.

En aquel tiempo, todavía escocía escuchar el nombre de Marga. No le había dado tiempo a hacerse a la idea de que no estaban juntos, pero ella así lo quiso y él se intenta convencer de que es lo mejor para los dos.

Empezó a salir con la chica en el instituto, era inteligente, brillante y preciosa. Nada que ver con esas chicas que se visten provocativas y se maquillan exageradamente. Marga era diferente, tenía el pelo largo y liso, tan negro como sus grandes ojazos y la piel morena del sol y el aire de su tierra.

Con ella todo era fácil: los paseos por la playa cogidos por la cintura; las largas conversaciones acariciándose las manos; las confidencias a media voz. Marga tenía ilusiones, grandes expectativas, quería estudiar Derecho y se esforzaba día a día para obtener las mejores notas que le permitieran conseguir una beca para ir a la universidad. La muchacha conocía el sórdido ambiente en que Iván andaba metido, pero pensaba que, entre sus padres y ella, lograrían que él volviera a la realidad y decidiera acompañarla fuera de esa atmósfera agobiante y peligrosa que representaban el barrio y el pueblo.

Lejos de allí, fuera de los dedos pegajosos del narcotráfico, el muchacho sería de nuevo él mismo. Ambos trabajarían, estudiarían y saldrían adelante cumpliendo los sueños por los que tanto luchaba. Pero los sueños de Iván no circulaban por el mismo camino que los suyos. Nunca pasó por su mente esforzarse para ganar un mísero sueldo. Ha probado el sabor de ese veneno que ha ido entrando por sus venas poco a poco, a lo largo de los años y no hay lugar para otra cosa en su futuro.

Marga empieza a perder la esperanza cuando ve cómo el muchacho abandona el trapicheo para ir tomando posiciones de más compromiso en la oscura escala del tráfico y termina por darle un ultimátum: la droga o yo.

A veces se pierde pensando en la chica de la que se enamoró locamente. Recuerda su risa, su mirada seria y luminosa, sus sueños. En algunos momentos la echa de menos y le angustia pensar dónde estará, qué mano agarrará al pasear ahora que ya no toma la suya. Siempre se mantuvo informado de la vida que llevaba lejos de allí, quedaban algunas amigas en el pueblo que le daban noticias. Por ellas supo que la muchacha había conseguido su sueño, acabar su carrera y convertirse en una brillante abogada. Él nunca dudó de que lo consiguiera, era inteligente y muy trabajadora, siempre estuvo seguro de que lograría lo que se propusiera.

Desde que ella se fue no ha podido dejar de sorprenderse sintiendo un vacío raro en el estómago al

